

MI DIARIO

MEXICO

1897

4 DE ENERO.—Mal principio de año. Por meterme á negociante, perdí \$200.00, y «El Noticioso» de hoy reproduce la paliza máxima que á propósito de mi «Suprema Ley» me propina Leopoldo Alas («Clarín»), desde «El Imparcial,» de los «Madriles.»

8 DE ENERO.—Segunda embestida de mi señor de Alas, más acerba, si cabe, que la primera. Entre otros sabios consejos, destácase el de que no deberé escribir más novelas.

«El Tiempo,» de México, es quien reproduce esta crítica número dos.

10 DE ENERO.—Hoy, en cambio, «El Tiempo» de Buenos Aires, que acaba de llegarme, trae en sus columnas una muy encomiástica crítica de la propia «Suprema

F. GAMBOA

Ley» tan abominada del Sr. Clarín. Y á su autor, por más que yo ni de vista lo conociese cuando mi larga permanencia en tierras del Plata, no se le menoscaba en lo mínimo su legítima notoriedad y su competencia innegable para discurrir y juzgar, en estos achaques de letras (me refiero á don Leopoldo Lugones), aunque aplauda las mías.

Total: un Leopoldo á favor y otro Leopoldo en contra; frente á Madrid, Buenos Aires.

—¿Y el público?—preguntaránme ustedes.

A lo que no tengo otra respuesta que preguntarme á mi vez:

—En efecto ¿y el público?

Pues ya irá decidiendo, conforme compre el libro.

«El Monitor» (á secas), y «El Universal» reprodujeron la diana.

12 DE ENERO.—¡Ah, la desgarradora entrevista que celebramos hoy! . . . Cuando le dimos término, creí advertir, allá, muy al fondo de unas pupilas idolatradas, un relámpago de la antigua pasión prohibida. . . .

¡Bah! . . . si no puede ser, señor, si no puede ser. . . .

Me eché á la calle, disparado, y sin percatarme de que era la calle. Alguien me detuvo, y con toda la impertinencia de los que nos son extraños, púsose á charlar, á contemplarme, despaciosamente:

—«¿Qué tiene usted en los ojos? ¿lágrimas?». . . .

Yo, reí, alto, y le repuse:

—«Lágrimas? . . . ¡qué ocurrencia, será este viento condenado. . . .»

MI DIARIO

El impertinente agregó:

—«Cómo que es un viento precoz, diríase que estamos ya en Carnaval. . . .»

De oír la involuntaria y amarga ironía, yo reí, de veras, y me despedí repitiendo la frase tonta:

—En Carnaval hemos de hallarnos, seguramente.

1º DE FEBRERO.—En abierta pugna con mi voluntad claudicante! No puedo dejar de hacer lo que no debiera, y, á cierta hora, voy y hago, fátalmente, lo que de antemano sé que es indebido. . . .

Personaje grave afirmóme que el jugar en «círculo,» casino ó club, no es censurable.

1º DE MARZO.—A los 78 años de edad murió hoy en su casa de Tacubaya, nuestro popular y coronado poeta Guillermo Prieto, «Fidel,» el autor del Romancero.

8 DE MARZO.—Ayuno de sueño por la trashedada de ayer en un baile de máscaras, al que fuí por esta empedatada costumbre de frecuentarlos, medio dormido levántome á abrir mi balcón, en cuyos cristales alguien golpea con insistencia. . . .

Es Jesús Contreras—con quien me pasé buena parte de la noche—que demudado me pregunta si nada me ha ocurrido y si sé lo del crimen. . . .

—¿El crimen? . . . ¿qué crimen? . . . —le digo yo tratando de averiguar en su mirada noble y leal de amigo sin tacha, si habla en serio ó en broma.

Y asido él á los hierros del balcón, me narra el suce-

dido, á grandes rasgos, instándome porque me vista de prisa y salga pronto.

Ya en mi cuarto, Jesús descíframe el enigma: Esperanza Gutiérrez, guapa moza del partido, nativa de Málaga, y con quien anoche conversamos en el sarao de disfraces y de paga, fué muerta esta mañana por María Villa, de Guadalajara, y también pecadora é irredenta.

En un principio, la noticia no me impresiona mayormente; mas conforme analízola dentro del *simón* en que Jesús me lleva al Ministerio, me alarma la posibilidad de que me citen del juzgado instructor, y con ello y el aparecer de mi nombre en diarios y papeles «de información,» la *gente de buena conciencia* ponga el grito en el cielo y á mí me pongan en disponibilidad, que es prima hermana de la cesantía absoluta. El caso es grave.

Y mi miedo, llevadero á sus comienzos, tórname en pánico, me miro envuelto en una averiguación criminal fisgona é implacable, como testigo, sí señor, pero como testigo de cosas si no falsas, sí mal hechas. Al toro por los cuernos, y al juzgado por el juez, que es persona de mi estimación y conocimiento. . . .

—Vaya usted tranquilo, el delito está perfectamente comprobado y no le resulta á nadie cita ninguna. Y entre sonrisa y sermoneo, me agrega:—Pero que el sofoco el sirva de escarmiento, más juicio, hombre, más juicio. . . .

Para que el asunto no se complique, prescindo de provocar discusión sobre si será falta de juicio el. . . . Jesús halla sabia mi resolución de haber dejado pendiente ese punto de vista, y porque el día pasó ya de su mi-

tad y estamos invitados á comer con Gostkowsky, que se parte en breve hacia sus penates de Lutecia, enderezamos nuestro andar á la «Maison Dorée.»

Somos cuatro los comensales: Manuel A. Mercado, el anfitrión, Jesús y yo; la comida no es maleja ni despreciables los caldos, por lo que mucho antes de los postres, mis aprehensiones se han desvanecido y la endiablada y entretenida verba del barón, el atinado discreto de Manuel, que no con todos muestra su intelectualidad, y las salidas de Jesús, repónenme en mis cimientos y sólo de cuando en cuando una ráfaga de tristeza por esa pobre juventud tronchada, me azota la memoria y me enseria unos segundos.

¿Por qué al levantarnos de la mesa, plácidos, le ocurrió á Jesús que fuéramos al anfiteatro del hospital Juárez para ver en la «plancha» á la mujer asesinada?

Ello es que fuimos, que el empleado que nos concedió acceso hasta el local siniestro, hízolo por amistades con Jesús y porque había leído un libro mío

Dos muertas veíanse en la sala de autopsias, ó «depósito,» según nos explicó el «muerto» que nos escoltaba; una mujer del pueblo, cosida ya y de una anatomía lamentable, que la tuberculosis le diera fin; en la otra plancha, con forzada postura, *reposaba* la «Malagueña,» en desnudez absoluta sin tentaciones, desnudez de cadáver, los pies exangües, tirando á marfil viejo, las carnes exúberas manchadas de sangre; el rostro con horrible huella, abajo del ojo izquierdo, la huella del balazo que la quitó de penas; los labios, entreabiertos, con el rictus de los que se van de veras, y que lo mismo puede

traducirse por sonrisa que por mueca, según lo que nos toque vislumbrar en la hora suprema

Tan emocionado como yo, púsose Jesús á dibujar un croquis á lápiz, de la muerta.

Y mientras Jesús dibujó, no aparté mis ojos de la «Malagueña,» mirando cómo las moscas, oh! pero centenares de moscas tercas y medio borrachas de sol poniente, de olores sospechosos y de sangres antiguas y reseçadas, paseábanse y revoloteaban por el cuerpo desnudo é indefenso; mirando sus carnes, ayer no más complacientes y sedañas, y hoy rígidas, en descomposición palpable, en camino de los gusanos que han de devorarnos á todos, cuando nos llegue la vez Atráame, fatídicamente, la cicatriz de su ojo herido, cicatriz diminuta sobre la que caían, revueltos, los cabellos rubios de la soberbia cabellera deshecha y sucia

Detalle desagradabilísimo: el empleado que nos libró la entrada y que nos alcanzó en el anfiteatro para hacernos los honores de la casa, en tanto que Jesús dibujaba y que yo pensaba en un mundo de cosas, púsose conmigo al habla, qué sé yo qué me decía del «Sardín» de mi «Vendía Cerillos!», fuma que te fuma un grueso cigarro que al fin se le concluyó entre los dedos amarillentos. Y con una incuria, espantosa por lo sincera, arrojó la colilla baboseada al charquerón de sangre semi-coagulada que en la coladera del piso, bajo la «plancha» de mármol veteadado por muchas sangres anteriores, correspondía á la cabecera de metal en que yacía la cabeza por su parte posterior destrozada, de la «Malagueña,» y que goteaba aún, tercamente

Esto, y las moscas en su festín, échanme del local siniestro, me clavan en el jardín anémico, donde espero que Jesús dé los últimos toques á su boceto fúnebre.

Regresamos á pie, atardeciendo, por las calles tristes y populosas de la Buena Muerte—¡qué horror, *la buena muerte!*—Cuadrante de San Miguel y Aduana Vieja, donde nos separamos casi mudos, pensando cada cual de modo diverso tal vez, en un propio asunto.

9 DE MARZO.—Todos los periódicos de estos días se han ocupado con elogio del ilustre fallecido Guillermo Prieto, y á mí me parece muy bien. Fué una figura nacional y tuvo la suerte de vivir mucho. ¡No hay como vivir, para triunfar; sobre que sólo el hecho de prolongarse es ya un triunfo grandísimo! Veremos á ver cuánto tiempo perdura su recuerdo.

Muy niño yo, conocí al poeta, engrandecido ya, ya circundado de gloria y colmado de aplausos. Lo conocí, al igual que á don Sebastián Lerdo de Tejada, en la casa de mi tío don José María Iglesias, por los «setentas,» según suelen decir los ingleses, antes del 75 en que perdí á mi madre y que por eso no se me olvida.

El señor Lerdo nos encontraba á mis primos, á mis hermanos y á mí, á los hijos de don Francisco Zarco, á los Bárcena, en los anchos corredores sombríos de la aduana de Santo Domingo—de que mi tío fué administrador y en la que siguió viviendo recién elegido para la Suprema Corte de Justicia—y Presidente de la República y todo se inclinaba hasta la pequeñez de nuestras infancias y nos acariciaba al pasar, dejándonos noción confu-

sa de su persona y de su cargo; instintivamente, me anticipaba á la profunda exclamación de «*es el rey, como un hombre cualquiera . . .*» pero, en el fondo, halagado con la idea de que un presidente me hubiese dado la mano . . . El saludo del prócer interrumpía nuestra algazara, que tal es la fuerza de lo convencional y facticio cuando de antiguo viene consagrado, impresionar á su paso hasta la misma niñez; y nos mirábamos entre risueños y encogidos frente al suceso; nos asomábamos, luego, á los barandales, y oíamos, en la escalera, un repetido frotar de fósforo contra marmaja—el señor Lerdo, detenido en el descanso, encendía su cigarrillo—y en el vasto patio colmado de mercancías y sombras de la noche, oíamos el rodar de la victoria descubierta, en cuya testera distinguíase apenas la figura enlutada y aristocrática del Presidente, apoyada en el respaldo del carruaje, y veíamos su brazo derecho subiendo y bajando en el aire con luz diminuta—la del cigarrillo aprisionado en los dedos de la mano—para saludar al inválido centinela de la puerta interior que tributaba trabajosamente, por su manquedad ó cojera, los honores de ordenanza al jefe supremo.

Con Guillermo Prieto, mi conocimiento fué mucho más completo é íntimo, á pesar del medio siglo que nos distanciaba; veíalo muy á menudo; le oía tutear á mis primos, á nosotros, á mi tío, al género humano; á cada instante se hablaba de él, de sus versos, de sus proezas, de su talento; me acostumbré á reputarlo como hermano de mi tío, salían á diario, de bracero, charlándose sabe Dios cuántas intimidades, juntos regresaban, juntos estaban casi siempre. Me acostumbré á su figura, á su voz,

á sus canas, á su descuidado pergeño. Luego, estos condenados años inatajables, quieras que no, fueron desbastándome el entendimiento y despertándome observación y análisis; años, libros y hombres dieron principio á su enseñanza—nunca perfecta ni agotada—y yo, con Guillermo Prieto, entre otros, ensayé mi criterio, erigíme en tribunal y fallé sobre virtudes y defectos suyos, olvidándome ¡ay de mí! de los propios que me adornan y afean.

Probablemente, dentro de poco no se ocuparán ya de él, según es de regla entre nosotros echar al olvido á los muertos—que nada pueden darnos—y sólo ocuparnos de los vivos, que dan y quitan. De ahí que yo me empeñe en consignar en estas páginas mi juicio sobre el bardo nacional por excelencia.

Desde luego, Guillermo Prieto, según dije arriba, tuvo la gloria de vivir 78 años; lo raro es que disfrutara también de la otra gloria: ser aplaudido, y popular, y amado. ¿Lo mereció? . . . Conforme á mi leal saber y entender, sí!

De todas sus obras, me quedo con la poética, no obstante que mucho hay de notable, y aun de plausible, en su obra de prosador y en su larga obra política. De sus versos, prefiero sus romances, y los que ensalzan á nuestro pueblo; gusto más del cantor popular que del poeta con vistas á Tirteo. Prieto es tal vez de todos nuestros hombres de letras—sin incluir al «Pensador»—quien más se ha inclinado á escuchar los latidos de nuestros humildes, las picardías de nuestros «léperos,» las abnegaciones y ternuras de nuestras «chinas.» las heroicidades de

nuestros guerrilleros, y las excelencias y defectos de los de abajo; por tal causa, sobrevivirá, y cuando dentro de muchos años, alguien quiera tener idea de lo que fué y de lo que á cabo llevó nuestra masa, irá á sus romances, en peregrinación devota, y entre las páginas de ellos, entre las líneas desiguales de sus versos, encontrará material bastante para reconstruir toda una época—bien azarosa por cierto—y todo un pueblo, ignorado mucho tiempo, calumniado á las veces y al que nunca se ha querido comprender á las derechas.

Prieto fué, por temperamento, un amoroso (y aun á cuenta de esta cualidad, que, extremada, en defecto se torna, perpetró algunos delitos pasionales que algo ennegrecen su fisonomía moral). Tuvo por nodriza á la miseria, pero engrandecida por un verdadero culto á su madre, lo que sin duda hizo que pudiera vencer á la primera. Y así, enamorado y miserable, entró en la vida y con la vida luchó á brazo partido ¿cómo no había de triunfar? . . . Por escaso de dineros y abundante de cariños, su primera juventud se la pasó muy cerca de los pobres, ¿qué de extraño hay en que desde entonces se diera á amarlos y los amara siempre? Ah, yo estoy cierto de que en muchos labios humildes y rojos, libaron los juveniles y hambrientos suyos esos primeros besos de amor que jamás se olvidan, los que mejor nos saben, los que con su dejo de llama se nos quedan en la memoria de los sentidos, para recordarnos, cuando ya no lo somos, que también fuimos jóvenes, alguna vez, y que en esa vez nos quisieron y besaron por nosotros mismos. Yo estoy cierto de que pechos sanos, trigüenos y mórbi-

dos, palpitaron precipitadamente y se anegaron en sollozos, y se abandonaron temblorosos y vírgenes á la magia traicionera de sus primeras rimas, improvisadas á la luz de la luna, junto á las chisporroteantes lumbraradas de nuestras verbenas populares y místicas, frente á las ventanas enrejadas de las casucas de nuestros arrabales, á hurtadillas de los santos en procesiones irreverentes, al arrullo dulce y melancólico de las cuerdas de alguna guitarra quejumbrosa, en las altas horas, cuando las doncellas despiertan en sus lechos, turbadas por los arpegios y por sus propios anhelos, y lloran sin consuelo, en la tiniebla, porque el padre y las rejas se oponen á que sean felices según lo prometía el galán que canta y se va, la música que se apaga . . . Y estoy cierto también de que de tales amoríos nacieron las endechas mejores de nuestro muerto bardo, sus romances más perfectos, sus letrillas más patrióticas, su encantadora y única «Musa Callejera.» Sus versos todos—pongo aparte los políticos, los que él mismo quizá no estimó mucho—sus versos son una redención y una acción de gracias; acción de gracias á las «chinas» que lo amaron cuando joven, que se le entregaron rendidas y deslumbradas por su talento, que le dejaron gustar las mieles de su querer semi salvaje y desinteresado, que lo enloquecieron con sus caricias y sus enojos y sus celos . . . Todas esas zagalas que «Fidel» no pudo olvidar nunca, á pesar de años y triunfos, sin duda ajustaron con él misterioso pacto sin palabras escritas ni conminatorias cláusulas, en la hora solemne y augusta del espasmo; sin duda le suplicaron al oído:

—«Tómame toda, gusta de mi cuerpo y de sus hechi-

«zos, sé feliz entre mis brazos trémulos; y no me pagues
 «ni me des en cambio nada por ahora, fuera de tu juven-
 «tud y de tu fuego . . . pero, júrame que mañana,
 «cuando crezcas y subas, cuando llegues á las alturas y
 «tus versos que hoy nadie aplaude, sean aplaudidos y re-
 «petidos en esta tierra nuestra, júrame que entonces me
 «cantarás á mí, á mi raza, á mis parientes y allegados,
 «á mi padre que es guerrillero, á mi hermano que es con-
 «trabandista, á mi hijo que será tal vez soldado á la fuer-
 «za ó héroe voluntario, á mi novio que es «dépero,» á mi
 «primo que es bandido, á todos los míos, á partir de hoy
 «tuyos también por el parentesco que con ellos te impon-
 «go, á todos nosotros que somos pueblo, que somos los
 «humildes, que somos los más, pero que también somos
 «¡ay! los desamparados, los calumniados, los sin ventu-
 «ra, carne de cañón y frutos de horca, carne de placer y
 «de miseria . . . Cántanos tú, ampáranos y embelléce-
 «nos, que en alguna parte y por alguna vez se nos tolere
 «y se nos mire sin ascos ni repugnancias; que de entre
 «las páginas de tus libros y de entre las cuerdas de tu li-
 «ra, salgan nuestras virtudes y nuestros vicios, y sepa
 «México lo que éramos, lo que somos; sepa lo que fui-
 «mos, cuando nuestro total desaparecimiento que poco
 «á poco realizase, se haya consumado . . . ¿Me lo pro-
 «metes? . . . ¿me lo juras? . . .»

Y Guillermo Prieto ha de haber jurado que sí, ha de haber prometido que lo haría. Lo raro, lo extraordinario no es que prometiera y jurara; no hay hombre nacido que se resista á formular juramentos tales si labios que acaban de besarnos, húmedos todavía de los

besos nuestros, nos lo suplican; lo raro y extraordinario es que el poeta cumpliera y cantara al pueblo. Tal es para mí la génesis de su musa callejera, de sus letrillas patrióticas, de sus romances nacionales; creo más, creo que hasta su pseudónimo es el símbolo de su promesa: «Fidel» . . .

Después, el talento de Prieto se impuso, y, por poeta, por literato, principió su encumbramiento, su bajar y subir en la política tumultuaria y ardiente de aquellas épocas de formación y de combate.

Otras calidades poseyó que le dan lugar estimabilísimo en la vasta galería de personajes de antaño: me refiero á su honradez. Es probado que pasaron por sus manos cerca de ¡¡¡300.000,000!!! de pesos, cuando la desamortización de bienes eclesiásticos, y que no sólo no conservó ni uno de ellos, sino que renunció á la suma de \$200,000 que de gratificación le correspondía como á ministro de Hacienda por llevar á cabo la desamortización famosa. Y sin que de maldiciente se me tache, puedo afirmar que no siempre ha sido de práctica honradez tamaña.

Ya hemos visto su fortuna: sus rimas, su biblioteca, su modesta «Casa del Romancero,» en Tacubaya, y una corona de laurel.

Porque fué coronado, con aplauso grandísimo; una manifestación espontánea y sin precedente entre nosotros.

Cuentan, los que saben de esa coronación, que cuando el poeta salió á la calle seguido de sus admiradores literarios, al concluirse el banquete en que le ofrecieron

ese premio precioso, no bien la gente del pueblo se enteró de lo que motivaba esa agrupación de personas de levita y chistera caminando por mitad del arroyo en pos de un viejo que les era conocidísimo, empezó á engrosarse la cauda que lo seguía y empezaron á cruzar por los aires gritos de «Viva Guillermo Prieto,» «Viva nuestro poeta,» «Viva el poeta del pueblo,» hasta el punto de que los gendarmes tuvieron que encauzar el curso de ese río voluntario, y Guillermo Prieto, conmovido, al aire sus canas mal defendidas por la montera y en la diestra temblorosa su polvoriento sombrero hongo, no atinaba á responder y á pagar tales muestras de cariño, sino con sonrisas truncas por la emoción y lágrimas de dicha que de sus ojos cegatos é inquietos le resbalaban lentamente.

La idea de ofrecerle una corona, fué genial y llevada á muy feliz término, no obstante que se empleó el defectuosísimo sistema del sufragio. Meses antes, un periódico redactado por escritores entusiastas, propuso que por medio de cédulas, los pobladores de esta buena ciudad de México, designaran bajo su firma, quién era, en su concepto, el mejor poeta nacional y consiguientemente el más acreedor á que se le obsequiara con una corona.

Guillermo Prieto—fuerza es que hable yo ahora del reverso—tuvo defectos, es innegable. Desde luego y principalmente fué un incurioso; descuidaba de las ropas que cubrían su cuerpo desmadejado y tardo, se descuidó en política más de una vez, y ¡ay! descuidó siempre el aliño de sus trovas.

Sus malquerientes—¿cómo no había de tenerlos si

valía tanto?—achacábanle otro: cierta falta de sinceridad para con literatos y personas que diputaba por sus admirados y por sus amigos más caros. No me es dable rectificar ni ratificar especie tan grave, pues por lo que á mí se refiere, y debido quizá á los vetustos lazos de cariño que á él me ataron siempre, no conservo de él á este respecto sino el recuerdo luminoso de un cariño nunca desmentido y de un trato benévolamente paternal.

Que Guillermo Prieto quisiera conservar en las masas el culto que éstas nutrían por él de antaño, es humano y no es censurable. De ahí tal vez que llamara hijos á todos sus interlocutores; de ahí que en la confusión que este rodar y rodar de años trae consigo, afirmara á muchos que había tenido intimidades con sus padres; de ahí que reclamara el brazo indistintamente de humildes ó poderosos para andar una ó dos calles, para dar alcance al tranvía que lo llevaba á la ciudad de los Mártires, para ir á sentarse á la Botica de Llamas, para entrar y salir de la Cámara de Diputados, vibrante en tantas ocasiones con el fuego de su palabra y la energía de su retórica romántica. Todo esto quería decir que el *Romancero* no se resignaba á que su ancianidad naufragara contra los implacables escollos de la ingratitud y del olvido. Buscaba indudablemente que no se borrara de las memorias de los hijos lo que los padres habían oído ó habían presenciado; que él, Prieto, era «el de la larga fama,» el cantor de nuestro pueblo, el salvador del Presidente Juárez, el Tirteo de la Reforma y del Imperio que entusiasmaba á las huestes con sus rimas inflamadas y su palabra de oro de convencional irreducible.

Cierto que en ocasiones extremaba la nota; que gustaba de aparentar más achaques y más vejez en momentos solemnes, por ejemplo en la memorable sesión de la Deuda Inglesa, que cruzó á rastras el salón de la Cámara sostenido por dos amigos, y, muy trabajosamente, á modo de quien se ase á un leño salvador, se asió él con los brazos trémulos á los barrotes de la tribuna, desde la que disparó, declarándose muy cerca de la muerte y del sepulcro, uno de los discursos que él sabía por larga y gloriosa experiencia, habían de despertar en sus oyentes las energías amodorradas y las decisiones dignas; cierto que fué innecesario el que se retratara en la fotografía de Manuel Torres, apoyado en un desarrapado granuja voceador de diarios y en un grueso bastón, cual si ya sus fuerzas estuvieran á punto de abandonarlo; pero ¿con todas estas perdonables *teatralerías*, empequeñecíase por ventura su valía como hombre y como poeta? Entonces, ¿por qué censurarlas, si tengo para mí que antes contribuían á imprimirle carácter nuevo y á no dejar que se le borrara el antiguo?

Su fama transpuso mares, de ello pude cerciorarme por mí mismo cuando mi prolongada y gratísima permanencia en Buenos Aires.

De cuatro poetas, principalmente, me pedían noticias y descripciones, en nuestras inolvidables reuniones literarias de que hablo en el tomo primero de este «Mi Diario:» de Manuel Gutiérrez Nájera, de Guillermo Prieto, de Juan de Dios Peza y de Salvador Díaz Mirón. De los cuatro y de muchos más, prosadores inclusive, dí muchedumbre de pormenores, hasta donde mi memoria ó

mis noticias alcanzaban; y se leyeron composiciones suyas, algunas merecieron la reproducción en diarios ó revistas. Aun recuerdo que esta suerte corrieron «Las Mariposas» de Manuel.

Guillermo Prieto los interesaba excepcionalmente por su activa y sonada participación en nuestra lucha épica contra la Intervención, que tanto nos ha dado á conocer en esos países surianos y tanta simpatía les han engendrado hacia nuestro México. Hay, además, la circunstancia de que en rimas, en edad, en manera de vestir (siendo aseado Guido y Prieto, nó,) y hasta en un remoto parecido físico, Guillermo Prieto ofrece varios puntos de contacto con Carlos Guido y Spano, un poetazo bonaerense ya mencionado en estas páginas, de toda mi admiración y mi cariño.

Quiso Guillermo Prieto, según rezaban sus letras, que algún entendido porteño hiciese la crítica de los escritos encomiadísimos de nuestro D. Agustín Rivera; y yo quería, en retorno, que Prieto me obsequiase con un ejemplar dedicado de su «Romancero,» con cuya lectura proponíame—y lo conseguí—proporcionar á mis amigos ratos de esparcimiento positivo.

A esos dos empeños se contrae la carta que aquí se exhuma y reproduce, y que es un retrato de *su manera*, más fiel que la mejor fotografía:

«Señor D. Federico Gamboa.

«Tacubaya, Casa del Romancero, febrero 4, de 1892.

«Muchacho muy querido de mi corazón:

«Tu estimable de 4 de novbre. fué recibida y agasaja-

«da en esta casa á su llegada, hace muy pocos días, y no «la había contestado por la dificultad casi insuperable de «encontrar á ningún precio un solo ejemplar del Roman- «cero, hasta ayer que por una verdadera casualidad con- «seguí el que te remito por conducto del Ministerio de «Relaciones.

«Quedo en espera del juicio crítico de la obra del P. «Rivera.

«Con ansia espero las poesías de Rafael Obligado: es «un poeta eminente que me admira por su inspiración y «patriotismo. Sus obras, como las de Olegario Andrade, «son aquí escasísimas, y no sé qué hiciéramos para que «nuestra comunicación fuese más extensa y activa.

«Como te dije al principio, va el Romancero con las «expresiones más sinceras de mi tierno y paternal cariño.

«Quedo con la mano extendida para recibir tu novela, «y leerla, y releerla, y saborearla á mis anchas.

«Te quiere y admira, tu viejo,

GUILLERMO PRIETO.

«A Rafael Obligado, dale un abrazo de exprimirlo!»

Cuántos aplausos no provocó la epístola, cuando el propio Rafael Obligado le diera lectura en uno de sus «lunes» . . .

Cuántas ocasiones posteriores, el nombre de Guillermo Prieto fué amistosamente aclamado á orillas del Plata, al desgranarse los versos dulcísimos de su «Romance- ro» . . .

La prosa de Prieto no me convence, y en su obra de

historia patria, menos, no obstante que posee lo que sus rimas, y su palabra familiar, y sus discursos, y su ser entero poseían: fuego y amor, alma y entusiasmo . . .

Creo que deben exceptarse del entredicho, los «Viajes de Orden Suprema,» por desgracia incompletos, y el «Via- je á los Estados Unidos,» que es de envidia regocijada y sabrosa.

Hánme asegurado que el poeta dejó, manuscritas pero íntegras, sus «Memorias.» ¡Quiera Dios que ello sea cierto y que sus ejecutores testamentarios no demoren el aparecimiento de esas hojas vividas!

Por lo demás, son tan fugitivos nuestros entusiasmos y de tal naturaleza nuestros buenos sentimientos, para con los muertos particularmente, para con los muertos, que, fuera del recuerdo, nada tangible pueden ofrecer- nos, que ya ustedes lo verán (señalando al público que haya de leer impresos estos renglones cuando el actual tomo segundo de «Mi Diario» salga á luz en traje de calle, es decir, para dentro de diez ó doce años), Guillermo Prie- to continuará volviéndose polvo en su fosa, y ni en calle, jardín ó plaza, se alzaré el monumento á que tiene dere- cho y que hoy por hoy todos declaran acto de justicia.

No importa, ya nos dejó bastante, y mucho imperece- dero; nuestra congénita ingratitud no ha de hacerle me- lla, quizá lo haga reír, allá, donde esté reposando su al- to espíritu poético y enamorado de su país y de su raza; quizá repita él mismo las palabras con que dió punto á su Romancero:

« . . . Si fuere así, tendré un desengaño más, desen-

«gaño cruelísimo, porque he vertido en mi Romancero lo «que había de mejor y más puro en mi corazón de mexicano.»

15 DE MARZO.—Una semana de gran desgaste nervioso, durante el día, temor de que los periódicos «de información» al ocuparse en el crimen de la «Malagueña», me saquen á figurar según convenga á sus intereses, regularmente contrarios á los míos; y durante la noche, miedo pueril por la pobre muerta que se me ha quedado grabada según la ví en la «plancha» del hospital Juárez.

29 DE MARZO.—Propóñenme un negocio que, por bueno, no ha de realizarse: escribir yo un libro que han de declarar texto en las escuelas, y que me ha de producir un 60 por ciento de utilidades.

2 DE MAYO.—Al cabo de cinco días de gravedad suma, á las 11 y media de esta noche sucumbé á su dolencia cardíaca mi hermano político don Ramón Alcalde. Ha muerto en mis brazos, materialmente, que no parece sino que estoy predestinado á que tal me acaezca con los míos

3 DE MAYO.—Regreso del entierro de Ramón. Un entierro modesto, sin aparato ni asistencia de comisiones ó elemento oficial; sin elogios fúnebres con esperanza de medro para los oradores, sólo concurrido por amigos de verdad.

El hecho póneme meditabundo. Comparo esta inhumación y la de mi jefe Sánchez Azcona, en Orizaba, con tantas otras que me ha tocado presenciar. La diferencia es enorme. Y cuenta que Ramón era uno de los contados supervivientes de aquel grupo patriótico que el entusiasmo de otrohoro bautizó con el envidiable apellido de «inmaculados», vale decir, de individuos que en los días negros de la Intervención y el Imperio, ni un solo instante dejaron de hallarse con el gobierno trashumante y agónico del señor Juárez, con él compartiendo toda clase de vicisitudes, y que en Paso del Norte permanecieron fieles y agrupados al pabellón de la República...

Y ni un periódico ha mencionado el fallecimiento!

16 DE JUNIO.—*Oh, les femmes!* La visité hoy, á la tarde, y después de dos años y medio de rigor, me permitió que la besara.

Causóme mucha menos impresión de la que esperaba.

Ella me aseguró que tendría que confesar ese último pecado: mis besos, que no me fueron devueltos siquiera. . . .

18 DE JUNIO.—Con motivo de una agravación en los síntomas del mal que según los facultativos que he consultado «no será nada,» vuelvo á que me examinen, y, entre otras prescripciones, díceseme:

—«De faldas, la estrictamente indispensable . . .»

¿Cómo se hará tal dosificación?

20 DE JUNIO.—Serio comienzo de conflicto sentimental con una americana encantadora; conflicto que, en

previsión de estragos mayores, obligame á seguir el sapientísimo consejo de Ripalda contra las tentaciones, y huyo á todo el correr de un tren de vapor, hasta una finca amiga en el Estado de Veracruz, en cuyas cercanías van á volar un trozo del cerro de la Peñuela.

Aún me dura la impresión. Llegamos á Córdoba la tarde del 14, á las cinco, y ya todos sus pobladores, instruidos del caso, aguardaban con cierta zozobra la explosión anunciada para esa misma fecha. Nos apeamos frente al propio cerro, que se me antojó mal encarado y doliente por efecto del cohete formidable que le habían inyectado en sus entrañas: unas treinta toneladas de dinamita y pólvora!

Francisco Pardo—el ingenio á que fuí pertenece á Pardo Hermanos, con quienes me liga amistad de escuela y familia—estaba esperándonos á su hermano Luis y á mí. Los ingenieros británicos y yanquis, autores de la inyección; el jefe político de Córdoba; el jefe de la estación; dos ó tres gendarmes desmontados y varios charros del lugar, garantizáronnos á una que «no había riesgo» . . .

Y á pesar de la afirmación, se notó algo de nerviosidad en casi todos, mirando de reojo el granítico é inmóvil monstruo.

Nos partíamos ya hacia el ingenio en una plataforma «Decauville» tirada por mulas bravas, cuando un atleta de aquellos, con camisa de franela y botas fuertes, gritó desde lejos:

—Mr. Pardo! Mr. Pardo!!

—¿Qué ocurre?—repuso Pancho sin que la plataforma se detuviera.

—*You dont have but fifteen minutes!* . . .

—Pues, apura, tú, azótalas!—ordenó Pancho al auriga.

Como demonios arrancaron las bestias castigadas, y las azuzamos en coro, al aire los relojes cual si se tratara de observar las postrimeras pulsaciones de un desahuciado; sobre que en determinada curva tendríamos que pasar *vellis nolis* por frente á la cubierta boca de la mina y á distancia de pocas varas . . .

Y fué en la fementida curva de peligro donde la plataforma se detuvo con brusquedad que á poco no nos derriba . . .

—¿Por qué paras?—inquirió Pancho, irritado.

Por una nonada, otra plataforma, salida de los carriles y cargadísima de caña olorosa y recién cortada, obstaculizó el paso, totalmente . . .

Al descubrimiento siguieron ansiedades y una desbandada. Yo, sin hacer caso á llamamientos me incorporé, aquí cayendo y allá levantando, á un cordón de gente: jinetes, hembras, varones con los críos á cuestras, un éxodo de pavor, y con ellos acerté á guarecerme junto á los anchos troncos de mangos corpulentísimos y recargados de frutos de oro olientes á resina, cuyas copas balanceábanse indiferentes y rumorosas en medio de los campos de caña susurrante y erecta. La coparticipación de lo que se suponía un peligro, hizo que nos viéramos con buenos ojos, que nos consideráramos con mutua piedad por las próximas y espantosas mutilaciones . . .